Una triste biografía. La de Peter. Un conjunto de hechos, circunstancias, aprendizajes y decisiones que marcan una vida. Una vida que empieza mal, con la muerte de su madre, el único ser que podía haberlo cambiado todo, que le dio la vida y que al morir al darle a luz, casi se la quita, y que terminará inexorablemente con su propia muerte, quién sabe sin haber conocido nunca la felicidad.

De repente, un cambio.

Hace mucho, mucho tiempo que ha tirado la toalla. Ahora Peter vive su vida encerrado entre las cuatro paredes de su cerebro, sin salir apenas, sin sonreír, sin disfrutar de la compañía de otros seres humanos. Tiene cuarenta y dos años y, de improviso, entra alguien en su vida. Es algo no buscado, por supuesto. Peter hace mucho que enarboló la bandera blanca, se encerró en sí mismo, herméticamente, y tiró la llave. Y ahora aparece Alma, que es la hija de alguien, que es la hermana de alguien. Y ella le ve. Y él la ve a ella, lo cual es un milagro, porque hace demasiado tiempo que no siente a las personas. Y quizás fue el puro azar o el destino que la lanzó hacia él, imparable como una catapulta; resulta imposible saberlo. Pero no importa.

Él la acoge con los brazos abiertos.

Con ese corazón que parecía defectuoso, obsoleto, pero que cada día se va ensanchando más y más para que quepa todo ese amor que van fabricando ellos dos sobre la marcha, con una especie de alquimia antigua, tan intensa como sorprendente. Porque ella viene también de un largo viaje por el infierno. De padre y hermano abusadores, maltratadores. Abandonada por su madre, que comete el pecado mortal de huir dejándola todavía bebé en esas sucias manos. Anulada por completo, con una autoestima alarmantemente baja, reducida a la mínima expresión por sangre de su sangre. Carne de cañón de psiquiatras armados con tubos de pastillas; proyecto de suicidio a muy corto plazo en el lapso de tiempo que va desde el sillón de un psicoanalista pirado hasta el ingreso forzado en un sanatorio para enfermos mentales.

Pero, en un giro imprevisto de los acontecimientos, se encuentran y se escapan. Juntos. Extraña pareja. Era improbable, pero ellos se entienden, se completan el uno al otro.

Los corazones dañados son los más hermosos.

Y viven toda su vida, la vida auténtica, la que de verdad cuenta, en unos pocos meses. Por primera vez en su vida son felices. Ya merece la pena haber nacido. El sufrimiento y la desesperación encuentran un enemigo poderoso en ese amor surgido de la nada, como por arte de magia.

Hasta que les encuentran. El hermano de, el padre de... Alma.

No se sabe el porqué, pero existen seres marcados que, al parecer, no tienen derecho a vivir su vida en paz y armonía. Seres a los que se le niega sistemáticamente su trocito de cielo, un lugar en el paraíso. Buena gente perseguida por las circunstancias, por la mala suerte, por la voracidad de este mundo enfermo, por la insensatez que gobierna la vida de las personas o por la existencia de alimañas de largos colmillos, que toman forma de seres humanos pero que poseen una incorregible deformación congénita: carecen de corazón.

Seres como el padre y el hermano de Alma que les perseguían y que, finalmente, dan con ellos. Y esta persecución no es debida a que quieran recuperar a su hija, a su hermana, para seguir torturándola, para continuar utilizándola como esparrin de sus más bajos instintos animales, de sus evidentes carencias humanas y exprimirla hasta la última gota, hasta que ya no quede nada, tan sólo un pellejo vacío, un muerto en vida, un alma en pena. No. En realidad le buscan a él, a Peter. Por ese algo que él, y solamente él, posee. Y en este sentido, ella es prescindible, tanto que la matan sin piedad.

Sí, Alma muere.

Y Peter queda destrozado. Jamás se recuperará de semejante infortunio. Ni siquiera lo intentará, sería faltar al respeto a la memoria de ese amor que valía más que su vida, más que el mundo. Sí, es cierto, le han arrancado el corazón de cuajo, le han arrebatado lo que más quería en este Multiverso tan cruel, tan injusto, pero no le podrán quitar la memoria, el recuerdo de ella. El tiempo que pasaron juntos quedará para siempre grabado en su cerebro. Esa vida compartida con Alma, efímera en el tiempo, pero virtuosa, permanecerá en él para siempre, porque Peter tiene la firme intención de seguir con vida lo máximo posible. Y luchará contra viento y marea para que esos excelsos momentos no se pierdan como lágrimas en la lluvia.

Lo dijo Robert Frost, el poeta, y tenía razón, la felicidad compensa en altura lo que en extensión le falta.

Y por mucho que lo sienta por Peter, por mucho que me duela, la muerte de Alma es algo irreversible.

No puedo reescribir la historia.

En la refriega muere también el hermano, individuo tan despreciable y tan insignificante en esta narración que no se merece que pierda el tiempo dándole un nombre. No obstante, es rigurosamente necesario hacer mención de ello porque el padre, ante la rabia que le produce la muerte de su hijo (no se puede hablar de dolor en alguien que no tiene corazón, ¿verdad?), cambia de prioridades, se olvida de golpe de los poderes de Peter que tanto deseaba poseer y se lanza a una persecución por toda la galaxia con la consigna: se busca a Peter muerto o muerto.

Y así estamos.

Lleva casi veinte años escapando. Lleva casi veinte años recordando a Alma. Tiene sesenta años cuando Mike y Hanna lo encuentran en el Valhalla Dimensional.